
IDEAS SOBRE LA PERCEPCION DEL COSMOS Y SU REPRESENTACION EN EL ANTIGUO EGIPTO (1)

José M. Galán

Los antiguos egipcios, desde tiempos proto-históricos, sintieron la necesidad de representar plásticamente el mundo que les rodeaba. La naturaleza no era percibida como algo estático, sino en continuo movimiento. Por ello, el "artista" no pretendía reproducir las formas de una manera meramente descriptiva, puesto que le bastaba con abrir los ojos para obtener la más perfecta interpretación del entorno físico, sino que buscaba representar el movimiento, consecuencia de un conjunto de fuerzas en acción. Las formas podían ser percibidas por los sentidos, observadas, tocadas... Pero, ¿qué causaba la existencia de cada forma física?, ¿qué relación existía entre cada elemento integrante del mundo natural?

Así, los primeros artistas, que trabajaban sobre cerámica, no representan paisajes, sino la acción que se desarrolla en ellos; sobre todo en relación con las actividades del hombre (2).

El hombre egipcio estaba interesado en aquella parte del mundo natural que le afectaba directamente. Desde tiempos proto-históricos representó plásticamente su capacidad de dominar/domesticar la naturaleza (3). Sin embargo, era consciente de que él mismo era parte de la naturaleza: podía controlar con mayor o menor éxito los elementos y acontecimientos naturales, pero no su creación y existencia. El mundo natural, incluyendo al ser humano, estaba sujeto a la acción de fuerzas abstractas, imperceptibles.

De esta manera, el hombre no sólo se esforzaba por dominar la naturaleza, sino también en relacionarse y adaptarse a las fuerzas que actuaban en su entorno y que estaban fuera de su capacidad de control.

¿Cómo podía el hombre relacionarse con fuerzas abstractas como la inundación, el crecimiento y florecimiento del mundo vegetal...? Puesto que su único sistema de referencias provenía de su relación con el mundo perceptible, el hombre egipcio las dotó, convertidas en conceptos abstractos en su mente, de apariencia externa. Puesto que el ser humano era concebido como la forma natural superior, ya que era capaz de dominar a las demás (además de ser también con quien el hombre poseía, obviamente, una relación más estrecha), los conceptos abstractos recibieron apariencia humana.

Siendo las fuerzas de la naturaleza superiores al hombre, en tanto que su acción estaba fuera del posible control humano, el hombre las concibió con apariencia humana y esencia divina (4).

Ahora bien, puesto que las fuerzas abstractas producían el movimiento de los diferentes elementos integrantes de la naturaleza, no podían originarse dentro del mundo natural. Puesto que influían sobre la naturaleza en su totalidad, debían proceder de fuera de ella. Siendo de esencia divina, su origen debía ser también de carácter divino. Así, el hombre egipcio concibió la existencia de un ser supremo fuera de su entorno natural, creador y centralizador de las fuerzas que actuaban en la naturaleza (5).

El hombre observó también que el movimiento producido en la naturaleza por estas fuerzas abstractas no era un movimiento caótico, sino que estaba sujeto a unas determinadas reglas que producían y mantenían un orden. El orden que regía el mundo natural era, consecuentemente, originado fuera de él: tenía su origen en el ser supremo.

Llegando a este punto, se pueden señalar las siguientes observaciones sobre la concepción del cosmos en el antiguo Egipto:

El cosmos del hombre egipcio era su entorno natural, todo aquello que afectaba su existencia y con lo que él mantenía una relación.

El cosmos no era percibido como algo estático, sino en continuo movimiento.

Este movimiento era producto de la constante acción de fuerzas abstractas que emanaban de un ser supremo.

El cosmos no era concebido como un conjunto caótico de fuerzas en acción, sino que presentaba un orden, también originado en el ser supremo.

Así, el cosmos estaba supeditado a un ser superior que residía fuera de él, responsable de su creación, de su movimiento interno y del orden de los diferentes elementos que lo integran.

Tratando de mejorar su existencia dentro de su ámbito natural, el hombre optó por establecer una relación con las distintas fuerzas de la naturaleza en los mejores términos posibles, con el fin de atraer para sí su carácter benéfico. Puesto que el ser supremo era concebido fuera del cosmos del hombre, la relación directa con él presentaba ciertos obstáculos. Por el contrario, las fuerzas de la naturaleza, manifestaciones del ser supremo, por formar parte del entorno humano, podían ser dotadas de apariencia física, posibilitando así una relación más directa. El primer paso consistía en el reconocimiento de la existencia de cada una de las fuerzas en acción. Luego en dotarla de apariencia física. Y, por último, en atraer sus favores por diferentes medios, expresando el status inferior del hombre y su dependencia en ella. Así, surgieron los primeros cultos y, con ellos, los primeros templos.

A través de fuentes escritas y arqueológicas se conoce la existencia de templos desde los comienzos de la historia de Egipto. Sin embargo, la mayoría de los templos que fueron construidos en el Reino Antiguo han desaparecido totalmente (o tal vez no hayan sido aún desenterrados) o, en el mejor de los casos, los restos que han llegado hasta nuestros días son insuficientes para reconstruir con cierto grado de plausibilidad su plano arquitectónico y el programa de su decoración; elementos imprescindibles para discernir el significado de su construcción y la intención de su creador.



Como excepción, del Reino Antiguo ha sobrevivido un templo con suficientes elementos como para poder ser reconstruido y comprendido: el templo construido por Niuserre', rey de la V dinastía, en Abu-Gurab, al norte de Abusir, entre Giza y Saqqara (ca. 2450 a. C.) (6).

El plano del templo reconstruido es muy similar al plano del complejo de una pirámide (figura 1): (a) un templo junto al río; (b) un pasillo cubierto; (c) un segundo templo; (d) una superestructura piramidal; (e) una o varias barcas enterradas junto al segundo templo y a la superestructura. La similitud de sus planos refleja una concepción común: baste con señalar aquí que las pirámides dejaban de ser tumbas una vez el rey difunto era introducido en ellas, para pasar a funcionar como templos dedicados al mismo rey difunto en asociación con el dios sol Re'.


A diferencia de las pirámides, el templo construido por Niuserre' en Abu-Gurab no posee ninguna representación iconográfica que indique a quién está dedicado. Sólo a través de inscripciones halladas en el lugar, sabemos que el templo está dedicado no a un dios, sino a dos dioses: al dios sol Re' y a la diosa Hathor (7).

También a través de fuentes escritas, sabemos que el dios sol Re' era concebido en aquella época como el dios supremo, último responsable de la creación y de su cíclica transformación. Puesto que el dios supremo era concebido fuera del cosmos físico, carecía de apariencia externa, lo que explica la ausencia de representaciones iconográficas suyas entre los bloques grabados del templo.

La diosa Hathor es la encarnación, como todos los dioses del panteón egipcio, de un concepto abstracto.

Su significado es fácilmente comprensible al leer su nombre, formado por la superposición del signo jeroglífico  *hwt*, "dominio (en superficie)", y  *hr*, "Horus", componiendo la combinación de ambos "El dominio de Horus"; siendo Horus el dios patrón de la monarquía egipcia. Así, la diosa Hathor representa el dominio o la extensión político-religiosa del Estado de Egipto (representado por el dios Horus).

Puesto que el monarca era el responsable en la tierra de mantener el orden cósmico establecido por el dios supremo, la diosa Hathor representa, por extensión, el cosmos del hombre egipcio bajo la tutela del rey (8). El concepto de la diosa Hathor hace referencia al mundo natural sujeto al orden establecido por el dios supremo y defendido por la monarquía.

El primer signo que compone la escritura del nombre de la diosa Hathor  nos revela otro aspecto importante de la concepción del cosmos en el antiguo Egipto: el cosmos era un espacio delimitado. El mundo del hombre egipcio no era para él un espacio abierto, sino bien definido: los límites podían cambiar con el tiempo, pero siempre debían estar firmemente fijados. Los límites definían aquella parte del mundo natural que le afectaba directamente y presentaba un orden aceptado, asimilado y vigilado por la sociedad.

Así, en los extremos de la extensión norte-sur de Egipto se establecieron lugares dedicados al dios Horus: Edfu al sur y Tell Ballamun al norte. El espacio comprendido entre los "Horus" formaba "El dominio de Horus", la diosa Hathor (9).

Siguiendo esta misma concepción de la diosa Hathor, cuando Egipto actuaba con regularidad en un área fuera de sus fronteras, generalmente por motivos comerciales, se levantaba un templo a Hathor como expresión de que aquel territorio era concebido estando bajo la tutela/control de Horus, de la corona egipcia (10).

Volviendo al templo de Niuserre' en Abu-Gurab, ahora sabiendo el papel que el hombre egipcio tenía asignado a cada uno de los dos dioses a quienes el templo estaba dedicado, tanto la arquitectura, como los relieves pueden ser mejor entendidos (ver fig. 1). El espacio rectangular definido por una muralla es el equivalente tridimensional del signo jeroglífico *hwt* "dominio". ¿El dominio de quién?: del dios sol Re' y de la diosa Hathor. Pero, siendo el primero el dios supremo, cuya existencia era concebida fuera del cosmos físico, y el segundo el dios que representa el cosmos mismo del hombre egipcio, no es de esperar que ambos compartieran el espacio en plano de igualdad.

El dominio de Hathor es terrestre, donde tienen lugar los diferentes acontecimientos naturales producidos por las fuerzas de la naturaleza y en armonía con un orden establecido. La figura de la diosa Hathor no aparece representada en el templo, pero su dominio es descrito con detalle en los relieves pintados que componen la Sala de las Estaciones; representando el mundo natural con el que el hombre egipcio se relacionaba, en acción y ordenado según las tres estaciones que los egipcios percibían en su entorno (11).

Siendo el monarca la figura más sobresaliente dentro de la concepción egipcia del cosmos, por ser el responsable del mantenimiento del orden establecido, como así lo expresa el propio nombre y concepción de la diosa Hathor, el templo dedica una sala, junto a la Sala de las Estaciones, a la representación de la autoridad del monarca dentro del ciclo natural: la Fiesta Heb-Sed (o fiesta jubileo, por la cual el rey renueva su posición como máximo gobernante) (12).

El dominio del dios Re', divinidad suprema, abarca el dominio de Hathor más todo aquello que no es percibido (que está fuera del cosmos físico), por lo que no dispone de otras representaciones figurativas que las que describen el dominio de Hathor. El componente imperceptible del dominio de Re' aparece

representado en un nivel superior dentro del eje vertical del diseño arquitectónico, en la forma de un obelisco (13).

¿Cuál es el significado del obelisco? (14). El obelisco está relacionado con el surgimiento del mundo-natural-ordenado del caos de las aguas primordiales, donde se gestó su creación. Dentro de la teología solar, que era la teología dominante en aquellos años, el obelisco simboliza la toma de contacto directo por parte del dios supremo Re' con el cosmos físico. Como el antiguo egipcio interpretaba que el sol entraba en contacto con su cosmos físico en los dos extremos de su recorrido por el cielo, además, el obelisco marca uno de los límites de la extensión del mundo iluminado por el dios sol.

En el caso del templo de Niuserre', levantado en la margen occidental del Nilo, el obelisco marca el límite occidental de la acción del ser supremo, donde el sol se oculta en el horizonte. El límite opuesto, lógicamente, estará relacionado con la salida del sol en el horizonte, y estará marcado por otro obelisco, esta vez levantado en la margen oriental del valle del Nilo. El templo de Heliópolis, dedicado al dios sol en su amanecer, tenía como elemento principal de su diseño arquitectónico un obelisco. Como veremos más adelante, en un ejemplo del Reino Nuevo, los obeliscos luego siempre se levantaron en un templo por parejas. La razón de que tanto el diseño de los templos levantados en Abu-Gurab como el del templo solar de Heliópolis girase entorno a un sólo obelisco está en la relación existente entre ellos: emplazados en lados opuestos del valle, estos obeliscos "solitarios" señalan la extensión del mundo natural iluminado por el ser supremo. Ambos obeliscos forman parte de un complejo religioso dedicado al dios sol Re' puesto que, como era en los dos extremos donde el dios transcendente entraba en contacto con el cosmos físico, era allí donde éste se hace más accesible al hombre.

Hasta aquí hemos visto que el cosmos del hombre egipcio está compuesto por el mundo natural que le rodea y afecta, producto de diferentes fuerzas ocultas. Fuera del cosmos físico, pero en estrecha relación con él, existe un ser supremo, creador de las fuerzas de la naturaleza y del orden que rige sus acciones. El cosmos físico es concebido como un espacio limitado: su extensión está definida por la influencia del ser supremo (Re') sobre la naturaleza y la autoridad del monarca en ella (Hathor). Ambos criterios se superponen, quedando la extensión del cosmos delimitada (de este a oeste) por el emplazamiento de dos obeliscos y (de norte a sur) por la dedicación de lugares al dios Horus.

El templo solar de Niuserre' en Abu-Gurab reproduce la percepción del cosmos desde una perspectiva teológica, siendo el dios supremo Re' quien aglutina los diferentes elementos del diseño del templo. Una pequeña pieza del Reino Antiguo refleja esta misma concepción del cosmos, pero no desde un punto de vista teológico, sino desde la perspectiva de la monarquía. Se trata de un pequeño objeto de marfil, un peine o pasador de 12 cm, hallado en Abidos formando parte del equipo funerario de un cortesano (15). La composición grabada sobre una de sus caras es un dibujo esquemático, producto de reflexión y abstracción (figura 2) (16). Elementos del sistema de escritura jeroglífica han sido combinados para expresar una idea, a la que solo se accede 'leyendo' los signos, descodificando el mensaje.

La composición está dividida en dos partes, separadas por dos alas abiertas que, siendo un signo jeroglífico, significa precisamente "límite", "frontera" (*nd*). La parte superior sólo aparece limitada hacia abajo. En ella aparece representado el dios supremo, que toma la forma de halcón sobre una barca. Generalmente este conjunto es interpretado como el dios Horus atravesando el cielo, imagen más tarde adoptada dentro de la iconografía del dios Re'. Sin embargo, estaremos perdiendo parte de la información que nos está siendo transmitida si nuestro desciframiento se detiene en el nombre 'Horus'. Siendo coherentes con el principio mencionado anteriormente de que los nombres han de ser 'leídos', etimológicamente el nombre Horus está relacionado con el nombre *hrw* que significa "parte de arriba" y con el adjetivo *hr* "distante". Así, el nombre Horus significa "el distante" en un sentido ascendente, "el altísimo".

La parte inferior del diseño representa el cosmos físico, limitado en las cuatro direcciones. Dos bastones, el signo *w3s* en escritura jeroglífica que significa “dominio/autoridad”, indican el límite de su extensión en horizontal; o lo que es lo mismo, la extensión del control y orden ejercido por el monarca.

En el centro del cosmos físico, siendo el elemento de la composición que reclama prioridad a la atención del espectador, aparece inscrito el nombre de un monarca, cuarto rey de la I dinastía (ca. 2900 a.C.). Su nombre revela la concepción de la monarquía dominante en aquel tiempo, en la cual el rey era la manifestación física del dios Horus: el nombre ha de ser leído, no Djed (que no tendría significado alguno), sino Djed-Hor “Encarnación de Horus/del altísimo”; formando el signo del halcón que domina la esquematización del palacio parte integrante del nombre.

Junto al nombre del monarca, el signo *'nh*, símbolo de la vida, simboliza el mundo natural que es descrito en extenso en los relieves de la Sala de las Estaciones del templo de Niuserre'. Desde el punto de vista de la monarquía, así es el cosmos: el rey es la manifestación de la autoridad del dios supremo en el cosmos físico, por lo que aparece como el elemento principal en aquella parte de la naturaleza bajo la influencia del dios supremo.

Dando un salto en el tiempo, nos trasladamos ahora al Reino Nuevo (entre los años 1500-1200 a.C.) para señalar algunos aspectos del templo de Karnak que guardan relación con la concepción del cosmos desde la perspectiva de la monarquía egipcia y su reflejo en la arquitectura.

Dos obeliscos fueron erigidos uno a cada lado de la puerta de entrada al templo, señalando los dos extremos de la extensión del espacio iluminado bajo los rayos del ser supremo (17). El espacio entre ambos define, a su vez, el camino hacia la divinidad, atravesando el templo levantado detrás.

El templo está rodeado por un muro. Como el cosmos físico, el templo es un espacio definido.

No teniendo el cosmos físico un carácter estático, sino que es percibido en continuo movimiento, la monarquía asimila como una de sus funciones el participar activamente en su evolución. Siendo el templo concebido como la representación del cosmos físico, nunca llega a percibirse como una obra acabada, sufriendo una permanente construcción. Cada rey, con más o menos empeño, trata de superar lo construido por sus antecesores, añadiendo o reformando lo anterior.

Pero la construcción casi permanente que se llevó a cabo en el templo de Karnak de manos de sucesivos reyes nunca produjo caos. Las obras siempre mantuvieron el mismo y único fin y siguieron un mismo y único plan: colaborar en el trazado del camino hacia el santuario del dios principal y embellecer y agrandar su casa/dominio.

El templo de Karnak es “El dominio del dios Amón”, formando las murallas que lo rodean el jeroglífico *hwt* “dominio/habitat”. En su origen, el dios Amón era un dios local venerado en la ciudad de Tebas. Cuando Tebas se convierte en capital del país al comienzo del Reino Nuevo, la importancia y el poder del dios Amón y su clero se alzan por encima de cualquier otra divinidad, convirtiéndose en el dios protector por excelencia de los monarcas. Sin embargo, el dios sol Re' siguió siendo concebido como el dios supremo, por lo que los obeliscos, símbolo solar, siguieron marcando los límites del cosmos. Así, a pesar de la importancia adquirida, Amón nunca dejó de ser concebido como un dios (fuerza abstracta, manifestación del dios supremo) dentro del cosmos físico, por lo que su santuario y su estatua aparecen emplazados en el mismo corazón del templo.

Dentro del templo, los relieves representan los distintos elementos que forman el cosmos físico. Las columnas, cuyos capiteles de formas vegetales muestran parte de su ciclo natural, equivaldrían al signo jeroglífico *'nh* en el marfil del rey Djed-Hor. El rey aparece representado realizando diferentes acciones, dirigidas a señalar su relación con la divinidad: participando en rituales o procesiones, realizando

ofrendas, siendo presentado o recibido por distintos dioses, etc. En definitiva, el rey es representado realizando diferentes acciones dentro de su papel de defensor del orden cósmico establecido (maat).

Las paredes exteriores del templo representan los límites del cosmos físico. En ellas aparecen representadas las acciones de la monarquía fuera de las fronteras del país. Son acciones militares contra regiones extranjeras, fuera de la autoridad directa del rey egipcio, fuera del espacio bajo el orden establecido por el dios supremo y, por tanto, percibidas como no pertenecientes dentro del cosmos. Teniendo lugar fuera del cosmos, estas acciones podrían haber sido excluidas del programa iconográfico del templo. El motivo por el que se decidió que sí fueran representadas está en que tanto el rey como el dios Amón eran los responsables de estas acciones y, puesto que ellos eran los principales integrantes del cosmos, los relieves pretenden mostrar que sí existía una relación entre los Asuntos Exteriores de la monarquía y el cosmos egipcio.

El templo egipcio es, como los templos de otras épocas y otros lugares, la casa de dios. Pero el templo egipcio presenta la peculiaridad de ser, no la casa del dios supremo, sino la casa de su manifestación en el mundo terrenal. Así, el templo representa a la vez la casa/el dominio de una divinidad y el cosmos del hombre egipcio; concibiéndose al ser supremo existiendo en un nivel superior, transcendente.


Con estas líneas, mi intención es sugerir algunas ideas de cómo los antiguos egipcios percibían su cosmos, tanto desde una perspectiva teológica (en el caso del templo de Niuserre') como monárquica (en el peine del rey Djed-Hor y en el templo de Karnak). Espero que la relación entre la concepción del cosmos y del templo en el antiguo Egipto haya servido también de ejemplo para mostrar que el arte no sólo ha de ser admirado y descrito, sino que, como todo lenguaje, ha de ser descodificado, 'leído', para ser realmente comprendido y apreciado en todo su alcance.

The Johns Hopkins University, Baltimore

NOTAS

- (1) El presente artículo está basado en el texto de una conferencia impartida en diciembre de 1991 en Madrid, dentro del curso sobre religión egipcia organizado por la Asociación Española de Egiptología "Las manifestaciones religiosas del Egipto de los faraones".
- (2) Véanse ejemplos de cerámica del tipo Nagada I y II.
- (3) El motivo iconográfico de una figura humana entre dos animales, aparece pintado en una de las tumbas de Hierakompolis (n. 100). La misma idea es representada en el friso central de una de las caras de la paleta de Narmer, hoy en el Museo de El Cairo (CCG 14716). Ver J. E. Quibell y F. W. Green, *Hierakompolis*, parte II (1902), lámina LXXVI; parte I (1900), lámina XXIX, izquierda. Sobre la tumba n. 100 de Hierakompolis, ver también H. Case y J. Crowfoot Payne, "Tomb 100: The decorated tomb at Hierakompolis" *JEA* 48 (1962) 5-18.
- (4) Como ejemplo, ver relieves del templo funerario de la pirámide de Sahure' (V dinastía) en Abusir, hoy en el Museo de El Cairo (RT 6.12.24.9). El templo fue excavado por L. Borchardt, y el fragmento aquí referido publicado por él mismo en *Das Grabdenkmal des Königs S' a3-hu-re'*, II (1913) lámina 29-30. Ver también J. Baines, *Fecundity figures* (1985) 83 ss., fig. 43-4.
- (5) Un ensayo más extenso de esta cuestión, aunque no en pleno acuerdo con las ideas expuestas aquí, se encuentra en la obra de E. Hornung, *Conceptions of god in ancient Egypt, the One and the Many* (1982), traducción del alemán con adiciones por J. Baines del original *Der Eine und die Vielen* (1971).
- (6) F. W. von Bissing, *Das Re-Heiligtum des Königs Ne-woser-re' (Rathures)* (1905-28) 3 vol.
- (7) Ver P. Kaplony, *Die Rollsiegel des Alten Reichs I, Monumenta Aegyptiaca* 2 (1977) 342 sg.
- (8) Plutarco precisa el significado de la diosa Hathor en su *de Iside et Osiride* #56 como "habitat cósmico de Horus"; ver edición de J. G. Griffiths (1970) 208 sg., 511 sg.
- (9) En Edfu y en Tell Ballamun el dios Horus recibe el epíteto de *bḥdty* "el de la frontera". Sobre la relación entre el concepto de frontera en el antiguo Egipto y el término *bḥdt*, generalmente traducido por "trono", ver W. Helck, *Zur Vorstellung von der Grenze in der ägyptischen Frühgeschichte* (1951). Ver también A. Schlott-Schwab, *Die*

altägyptischen Gaue, TAVO Beihefte Reihe B/5 (1974) 153 sgg.; H. Gauthier, *Dictionnaire des noms géographiques contenus dans les textes hiéroglyphiques*, II (1925) 27 sg.

- (10) Así, Hathor es considerada 'señora' del Sinal (ver templo de Serabit el-Khadim), de Biblos (en la costa fenicia) y de Punt (al sureste de Egipto).
- (11) E. Edel y S. Wenig, *Die Jahreszeitenreliefs aus dem Sonnenheiligtum des Königs Ne-user-re* (1974). Una reconstrucción parcial en dibujo puede encontrarse en W. S. Smith, *Interconnections in the ancient Near East* (1965) fig. 178, a-b.
- (12) F. W. von Bissing, *op. cit.*, vol. 2, con comentarios en vol. 3.
- (13) De la existencia del obelisco hoy no queda *in situ* el menor indicio, a pesar de que Ramses II llevase a cabo obras para su reconstrucción. Fotografías del estado actual del monumento pueden encontrarse en B. de Gryse, *Re, le mythe et le culte du soleil dans l'Égypte ancienne* (1986). Se tiene conocimiento de que un obelisco fue erigido sobre un pódium, como elemento principal del diseño original del monumento, a través del determinante jeroglífico que los nombres de los templos construidos en Abu-Gurab muestran en las fuentes escritas . Ver W. Kaiser, "Zu den Sonnenheiligtümern der 5. Dynastie" *MDAIK* 14 (1956) 104-116.
- (14) C. Kuentz, *Obélisques* (1932); L. Habachi, *The obelisks of Egypt* (1984).
- (15) F. Petrie, *Tombs of the courtiers and Oxyrhynchos* (1925) 4 n. 8; lámina II n. 6, XII n. 5. Ver también R. Engelbach, "An alleged winged sun-disk of the first Dynasty" *ZAS* 65 (1930) 115 sg.; lámina VIII.
- (16) El análisis e interpretación de la composición están basados en el artículo de H. Goedicke, "Unity and diversity in the oldest religion of ancient Egypt", dentro del volumen editado por él mismo y J. J. Roberts *Unity and diversity* (1975) 201-217.
- (17) La reconstrucción de Karnak según su estado bajo el reinado de Thutmosis I muestra los elementos básicos del templo. Ver M. Albouy, *et alia*, *Le Temple d'Amon restitué par l'ordinateur* (1989).

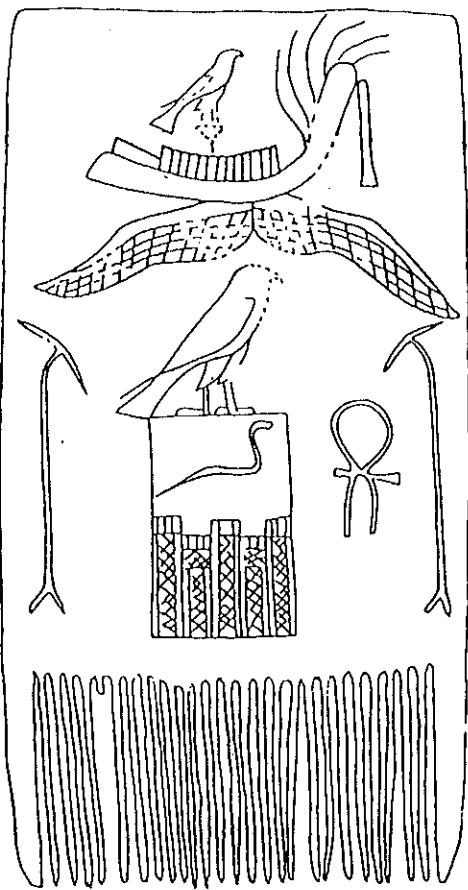


Figura 1

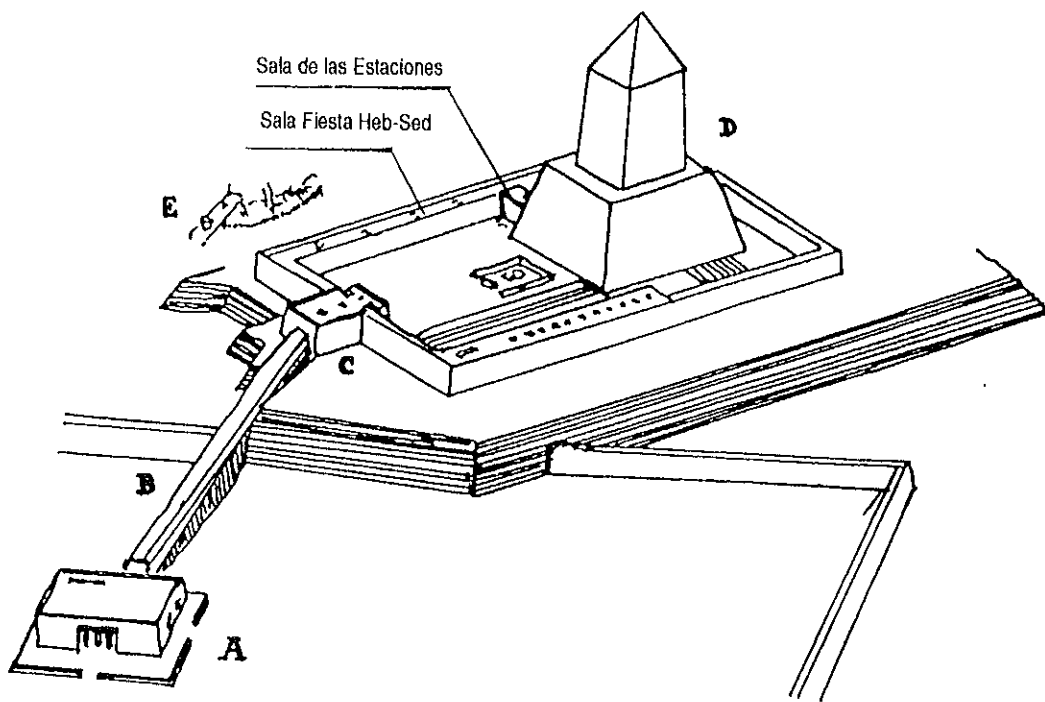


Figura 2